

**PLUMA
Y LAPIZ**

NÚM 118

EL REY DE INGLATERRA

GALERÍA DE SOBERANOS

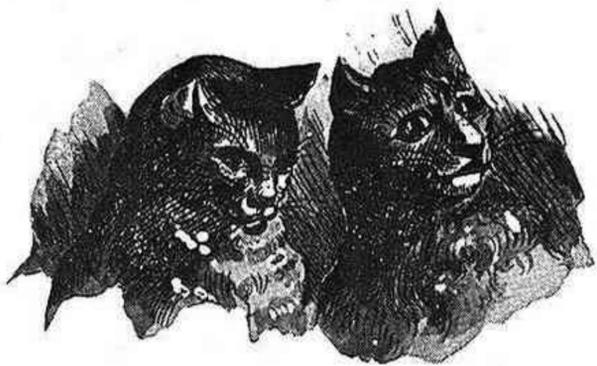


LA AGONÍA DEL MORRONGO

HISTORIA LÚGUBRE



—Estoy muy malo, *Micifuza* de mi alma... Aquella cordilla llevaba en su seno el veneno destructor.



—Decididamente, siento unos retortijones alarmantes.



—No te aflijas, porque aumentas mi temor y mis dolores.



—¡Me siento morir!



—¡Esto es horrible!



—¡Si al menos estuviera aquí la pócima salvadora!...



—Esto se acabó. ¡No me nombres la cordilla!



¡R. I. P.!

EL PRINCIPE MAS RICO

PARA E. ZENÓN GONZÁLEZ

...Y era un príncipe del país del sol: sus rimas vibrantes y sonoras tenían el color blanco del azahar, el rosado de la aurora y el azul del firmamento...

Sus estrofas cinceladas, de ritmos suaves, como el soplo de las brisas primaverales, y de armónica cadencia como el murmullo de una cascada, reflejaban como un espejo el alma de aquel príncipe poeta, cuyo dilatado reino no tenía fin.

En efecto; su reino no tenía límites: él mismo lo reconocía.

—¡Soy el príncipe más rico!—exclamaba contemplando sus extensos dominios, desde su trono formado de abruptas peñas, rodeado de selvas cubiertas de flores.

¿Qué riqueza podría compararse a la suya?

Linfas claras, de ondas puras y transparentes, hermosísimas praderas, sembradas de flores de sutiles perfumes, en cuyos pétalos se posaban temblando mariposas de alas de grana unas, blancas y doradas otras; pajaritos de brillantes y vistosos plumajes lanzaban alegres trinos, columpiándose voluptuosos en floridas ramas, mecidos por un blando y dulce céfiro.

Era el príncipe más rico aquel príncipe del país del sol.

La aurora lanzaba torrentes de luz rosácea, cuyos tintes reproducía fielmente el agua de las fuentes, circuidas de verde césped. Luego, el sol derramaba sus dorados rayos inundando las alegres campiñas, los amenos valles y las floridas selvas. ¡Oh, príncipe! ¿Qué riqueza podría compararse a la tuya? Tienes un tesoro en tu mente soñadora, en tus linfas de plateadas ondas, en tus prados de esmaltadas flores de aromática fragancia, en cuyos cálices se posan temblando mariposas tan blancas como la nieve, tan encendidas como la púrpura, ó tan doradas como las mieses en sazón; pájaros de hermosos y matizados colores, que saludan a Natura con sus cantos deleitosos, mecidos en floridas ramas, y arrullados por fresca brisa.

Eres feliz, si la felicidad consiste en el sol más ó menos abrasador, en las linfas claras, en los prados extensos y cuajados de flores.

Eres feliz, si la felicidad estriba en el aire más ó menos puro, en el canto de los pájaros y en el perfume de las flores.

Eres feliz, si todo esto es la felicidad, y puedes, con razón, conceptuarte el príncipe más rico.

LORENZO V. CRESPO
Santa Fe (R. Argentina)



CATALUÑA, tierra fecunda en hombres de talento, tiene, sin embargo, la especialidad de los escultores. Exceptuando á Benlliure, valenciano, la pléyade de hábiles é inspirados cultivadores de tan difícil bella arte, ha nacido en tierra catalana, y de ello son elocuente muestra los Querol, los Atché, los Vallmitjana, los Blay y el ilustre escultor que hoy honra con su retrato y la reproducción de algunas de sus más populares obras, las páginas de nuestro semanario.

Campeny, que es un trabajador incansable, es un estudioso de primera y ambas cualidades unidas á la de una inspiración fresca, abundante y jugosa, han formado un artista en toda la extensión de la palabra.

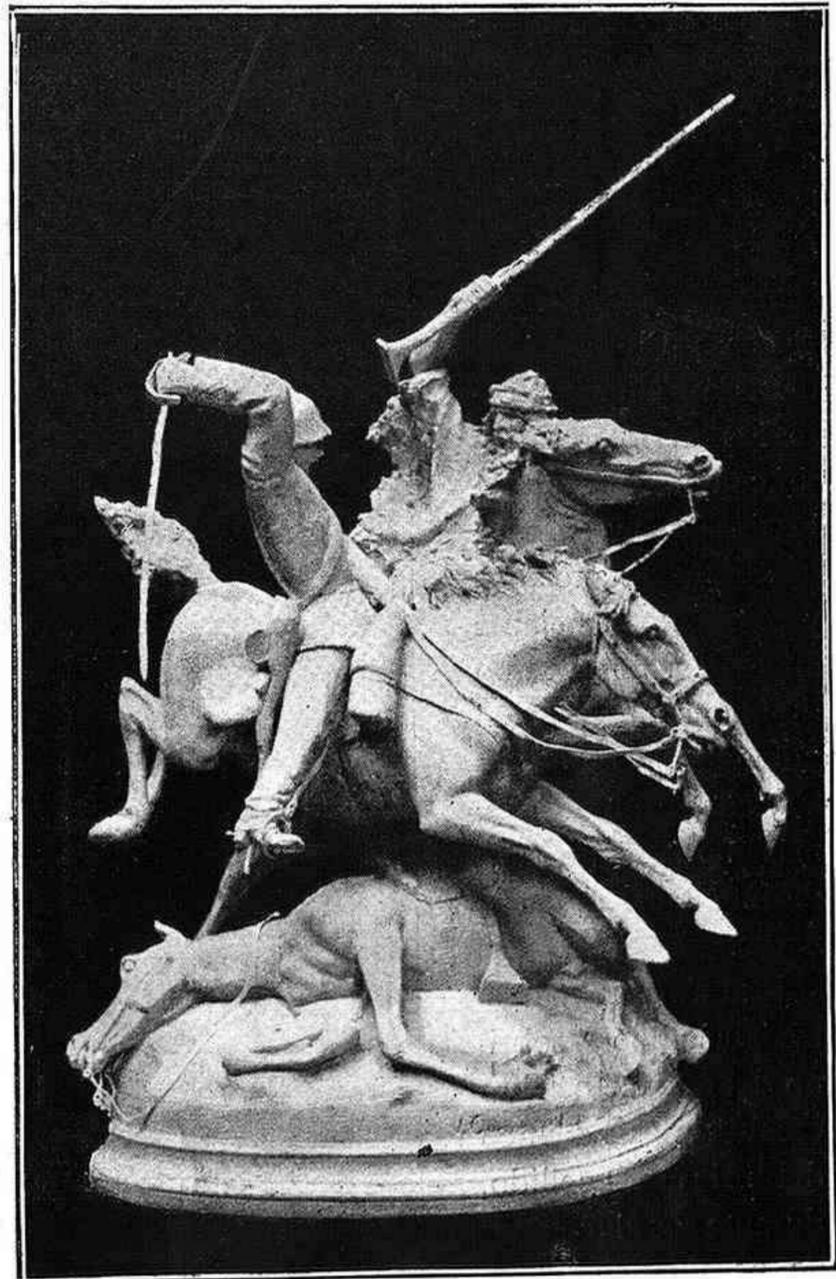
Campeny, cuya larga historia nos obligaría á llenar muchas páginas, de intentar reproducirla íntegra, tiene su mejor biografía en los laureles conquistados en cuantas exposiciones ha enviado sus obras más acabadas; en el gran número de encargos con que cuenta constantemente; en los bronce que decoran palacios señoriales y en los monumentos que

son ornato artístico del triste lugar del eterno descanso. No hemos, por tanto, de detallar su vida siguiendo paso á paso sus éxitos privados y sus triunfos públicos.

Hay, sin embargo, que hacer constar, como especialidad del artista, su devoción por reproducir la naturaleza, en los más diversos ejemplares de la escala zoológica, terreno en el que puede asegurarse que nadie, absolutamente nadie ha conseguido llevarle ventaja. En sus reproducciones más inspiradas, siempre se podrá admirar como el dibujante ha buscado de intento, para vencerlas después con valentía, las mayores dificultades que ha podido hallar en la interpretación de leones y panteras, osos y tigres, pero no en los momentos de calma en que su estudio pudiera ofrecer alguna mayor facilidad, sino en aquellos otros particulares y típicos de cada ejemplar en que la violencia de los movimientos, el atrevimiento de los escorzos, la grandiosidad de las actitudes presentan líneas briosas, perfiles académicos, atrevimientos de colocación que sólo pueden dominarse á fuerza de una retentiva especial y poderosa, de una voluntad inquebrantable para saltar con éxito por tantos obstáculos.

Ejemplo de lo que decimos y aseguramos, lo tenemos en todas las obras del gran artista y particularmente en la que titulada *La Infancia de Aquiles*, que Campeny acaso termine para la próxima exposición de Bellas Artes y que á buen seguro ha de causar á inteligentes y profanos legítima y no pequeña admiración.

Además de las obras de grande empeño, donde el escultor se juega su nombre y su fama, — nombre envidiable y fama ganada á pulso — Campeny se entretiene en lo que pudiéramos calificar de fruslerías artísticas, como los relojes y jarrones que son acaso el mejor ornato de los palacios del Marqués de Marianao, gran admirador de nuestro *siluetado*,



LUCHA DE RAZAS

la *Andaluza* que reproducimos en el presente número, retratos, figuras decorativas, etcétera, etc., en todas las cuales se ve á la legua el gusto exquisito, la ilustración profunda, el estudio constante del natural y la maestría en el dibujar, cualidades que descuelan en tan simpática personalidad.

Si José Campeny se hubiera consagrado á la pintura habría sido un temible competidor de Checa, el gran evocador de las terribles luchas de los Circos romanos. Encuentro entre ambas figuras un paralelismo indudable, una nerviosidad idéntica, un temperamento gemelo y es seguro que si entre ellos, por su talento indiscutible, pudieran haber otras ambiciones que las de la noble emulación por y para el arte, Campeny envidiaría á Checa y Checa envidiaría á Campeny. Pero los derroteros distintos que han seguido los dos artistas los obliga á estar distanciados y yo apunto semejante analogía sólo á título de íntima observación y una arraigada creencia, que por otra parte, más inocente sería yo de intentar imponer á nadie.

José Campeny, ilustre igualadino y sobrino del que fué célebre escultor y académico del mismo apellido, durante sus cinco años de pensión en París, estudió tan á fondo los



EDAD DE PIEDRA.

Grupo premiado con tercera medalla, adquirido por el Ayuntamiento de Barcelona y colocado á la entrada del Museo Martorell.



ANDALUZA

variados ejemplares del Jardín de aclimatación, que hoy su taller está convertido en un verdadero museo de historia natural. Como prueba de su afición por los bichos, grandes y pequeños, recordaré que en diferentes salones de la capital francesa obtuvo ya, siendo muy joven, honoríficas menciones por su grupo *Los reyes de la naturaleza*, distinción análoga á la que mereció su célebre *Gladiador vencido*.

En España, recuerdo que Campeny ha sido premiado, entre otras veces, en las exposiciones generales de Bellas Artes celebradas en Madrid (1899), con medalla de segunda clase, por la escultura *A muerte*; en 1883 con medalla de tercera clase por la escultura *Salta caballo*; en 1893 y 1895 con menciones honoríficas por las esculturas *La formiga* y *Cuerpo á cuerpo*.

Su tierra tampoco ha sido tacaña, recompensando los méritos de su hijo en las diversas exposiciones celebradas en 1891, 1896 y 1898.

En París hizo verdadero furor como retratista, y entre sus bustos más notables descuella el que hizo de M. Valdec-Rousseau.

Cinco años consecutivos de incesante observación y estudio entusiasta, tenían que dar forzosamente frutos saludables, y los *amateurs* y la prensa de

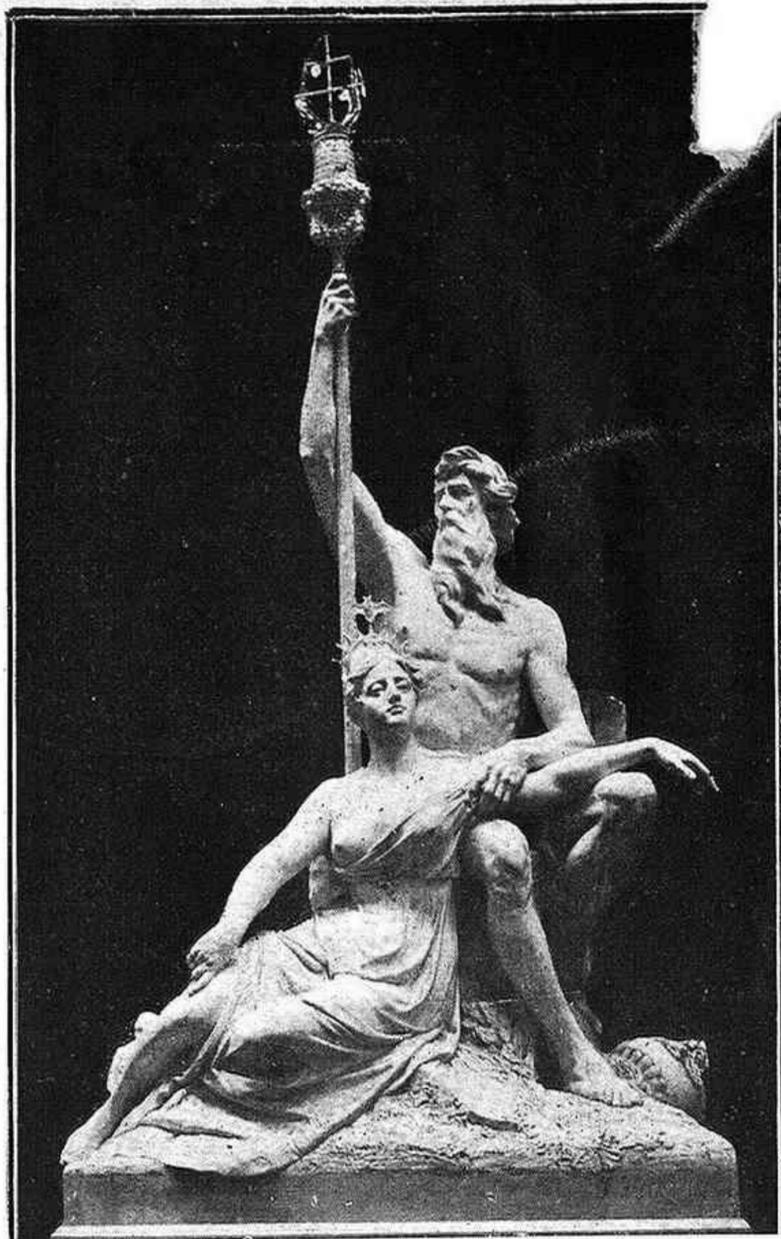
carácter artístico, aplaudieron como la obra de uno de nuestros primeros escultores contemporáneos, la que Campeny tituló *La miseria sujetando al genio*, que produjo una verdadera explosión de entusiasmo.

Otras de las obras que más plácemes le han valido, han sido la estatua que para la plaza principal de Vivero labró de don Nicomedes Pastor Díaz; un grupo de *Bisontes atacados por lobos* que hoy ocupa puesto preferente en un museo de los Estados Unidos; un panteón de carácter nacional que se halla en Lima (Perú), y su célebre escultura para el del señor Libre, en nuestro Cementerio Nuevo.

Entre los últimos encargos que ha recibido figura el sepulcral á la memoria del malogrado pintor Paco Masriera, de tan grata memoria, monumento que parece inspirado por el genial artista á quien está consagrado.

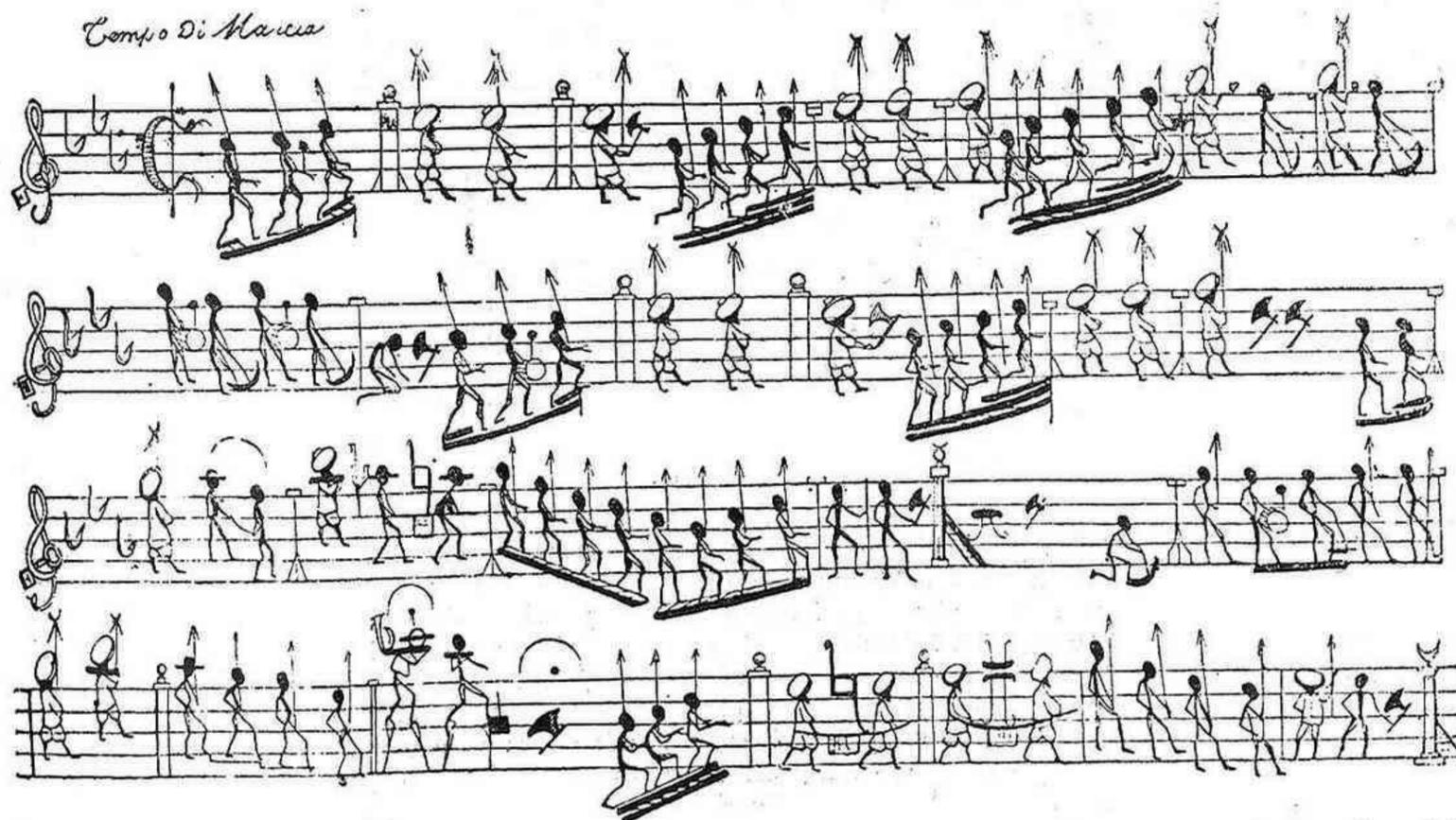
Campeny no tiene en contra suya más que su modestia extraordinaria y sólo comprensible si se tiene en cuenta que es la inseparable característica de quienes cuentan con talento, mérito y fuerzas propias, suficientes para descollar del montón abigarrado de los que luchan por conquistar la gloria y el premio de la fama, recompensas que no siempre llegan á los que las buscan por medios y caminos tortuosos, sino á los que real y positivamente las merecen...

Digan lo que quieran unos cuantos ensoberbecidos con su insignificancia é impotentes contra su invencible vulgaridad.—O. y G.



MONTJUICH Y BARCELONA
Grupo inspirado en el poema *Barcelona*,
de Mossén Jacinto Verdaguer

Música descriptiva.—Marcha militar y oriental



Marcha de turcos y de negros.—Los turcos avanzan lenta y gravemente llevando estandartes y piquetas (soupleirs).— Los negros suben y bajan las pendientes llevando grandes tambores y diferentes instrumentos de música.—Se encuentran con un prisionero: un acha puede salvarlo: otro negro es conducido encadenado.—Se llevan sobre angarillas un rico botín de valiosos objetos. (Bemoles, sostenidos y becuadros).



Un ex voto regio

EN acción de gracias por el feliz regreso del Duque de los Abruzos de su atrevida expedición al Polo Norte, S. M. la Reina madre, de Italia, ofreció un ex voto en el santuario de la Consolada de Turín; ex voto que representa una pequeña nave, ejecutada esmeradamente por un platero de Milán, según dibujo del conde Oldofredi. La pequeña nave es una reproducción exacta de *La Estrella Polar*. Está rodeada de simulados témpanos de hielo, pendiendo de ella cintas que sostienen una tablita, estilo Renacimiento, que lleva la siguiente inscripción:

« *Estrella Polar* zarpó el 19 de junio de 1899, regresó el 5 septiembre de 1901. — A ti, Madre de la Consolación, que » el frágil barco que por los inexplorados hielos guiaste hasta el término de su viaje completando tu misión consoladora » y enjugando las lágrimas de los que le esperaban á puerto, por la protección concedida al querido sobrino Luis y á la » memoria del Rey Humberto, su consorte, la Reina Margarita ofrece reconocida este presente. »

La ceremonia de la entrega del ex voto, fué conmovedora. La Reina marchó á Turín desde Stupinigi en coche cerrado, y descendió delante del templo entre dos hileras de personas que habían acudido á ver una vez más á su querida Reina y asistir á la piadosa función. En el santuario la esperaban la princesa Elena de Aosta y la princesa Letizia. Presidió la ceremonia el arzobispo de Turín, cardenal Richelmi; la misma reina Margarita sostuvo el presente delante de la Virgen en un canastillo cubierto de rosas. El arzobispo bendijo á la concurrencia al final de la ceremonia, que resultó en extremo delicada, conmovedora, casi poética.

—Te lo habrá dicho Gertrudis,—observó sorprendido el marqués.

—No, Gertrudis no me habla nunca del caballero Amadeo; se lo tengo prohibido...

Rionero no había oído estas últimas palabras, pues con suma destreza había logrado abrir el cuaderno precisamente en la última hoja escrita, y sus ojos habían leído distintamente el párrafo que hemos transcrito al fin del capítulo anterior.

Respiró el marqués y juntó las manos en ademán de dar gracias á Dios... Sentíase libre de un gran peso, pues hasta entonces había creído que su hija estaba enamorada de Amadeo, y fácilmente se comprende que esto habría sido un obstáculo insuperable para la proposición de Blackman.

Debemos advertir que, después de la revelación que el médico inglés le había hecho, el padre de Beatriz había rogado á Dios que iluminase su mente y le sugriese lo que le convenía

hacer. No era posible creer fingido el amor de Blackman; sus ardientes palabras y su carácter estóico no dejaban lugar á duda alguna. De momento, el marqués había rechazado con espanto la idea de una unión con su hija, por la excesiva deformidad del inglés; pero la idea de ver á su hija gozando de la vista, le seducía, le deslumbraba y le hacía olvidar la estructura irregular de aquel que tal beneficio podía hacer á la infeliz joven. Por otra parte, Oliverio Blackman era un hombre rico y de nombradía, y amaba sinceramente á Beatriz. ¿No podrían tal vez la riqueza, la gloria y el amor, hacer desaparecer un día á los ojos de su hija, la deformidad de su marido?

Estas consideraciones habían decidido en parte al marqués, á aceptar la proposición de Oliverio; mas le quedaba una duda, la de que su hija estuviese enamorada de Amadeo. Esto le habría obligado á rechazar resueltamente la especie de contrato propuesto por el médico. La lectura del



diario de su hija le causó una viva satisfacción, y le decidió á abordar sin rodeos el asunto que más le interesaba.

—Y bien, hija mía,—la dijo resueltamente,—yo leo en tu corazón; tú no amas á Amadeo.

—¡Ah!—exclamó Beatriz.—Yo no lo he dicho, ¿verdad?

—No es necesario que me lo confieses; tus palabras me lo han demostrado bien claramente.

—No importa, papá, me casaré con él si tú lo quieres.

—No, Beatriz; tu cariño hacia mi te aconseja

mal; pero Dios no ha permitido que yo, sin querer, me convirtiese en tirano de tu corazón... Tranquilízate, hija mía, Amadeo no será tu marido.

—¡De veras! ¡Oh, Dios mío! ¿Y tu palabra?

—Quedará retirada desde hoy.

Beatriz cogió entre las suyas las manos de su padre, y las besó dos veces, mientras que una lágrima se deslizaba por sus mejillas.

El marqués permaneció unos instantes silencioso. Quedaba por hacer lo más difícil y no sabía cómo abordar el asunto. Mas haciendo un

esfuerzo y como si él hubiese sido la hija y ella el padre á quien debiese pedir una gracia, la dijo con voz algo alterada:

—Beatriz, grande será tu sorpresa cuando te diga que otro hombre ha pedido tu mano.

—¡Qué!—exclamó la ciega...—¡Otro! ¿y quién es?

—Oliverio Blackman.

—¡El!

La niña se cubrió el rostro con ambas manos. No ya el rubor, sino una palidez mortal invadió su semblante.

Su padre inclinó la cabeza en ademán de desaliento, y en el fondo de su alma exclamó: ¡Bien lo sabía!

Y en voz alta añadió:

—Tu movimiento de repugnancia es muy justo, hija mía; pues Oliverio, según dicen, es deforme.

Beatriz no contestó.

—Si,—continuó el padre,—sus formas son contrahechas é irregulares; pero no te apresures á pronunciar su sentencia de muerte... tiene un poderoso defensor... su alma...

Beatriz seguía en su frío silencio; pero su seno estaba agitado y la palidez de su rostro era extrema.

—Y digo su sentencia de muerte,—repuso el padre,—porque se morirá... si, se morirá si le rechazas; mientras que si le aceptas, arrancará de tus ojos las tinieblas que ahora te rodean y, en el hombre que será tu marido, adorarás, aunque bajo formas nada bellas, al ángel que la Providencia ha enviado para devolverte la luz del sol. Pocos conocen á este hombre y no sé, pero me parece que su alma es tan noble y sublime, como irregular es su cuerpo. Hay en él algo que te obliga á admirarle. La ciencia y la virtud, estas sublimes hermanas, hijas del cielo, parecen haberse complacido en anidar en él. No te hablo de su fama ni de sus riquezas. Es deforme, pero te ama, hija mía, te ama con delirio. ¡Oh! si le hubieses oído cuando me hablaba del amor que por ti siente. Su acento me conmovía. No te hablo de mí... no te hablo de la alegría celestial que sentiría yo en mi vejez, si pudiese besar otra vez tus ojos, como cuando los besaba en tu cuna... ¡No te hablo del consuelo que me haría olvidar diez y siete años de amargura! Aun cuando creyeses que jamás podrás curar, no convendría oponerse á los decretos de la Providencia y re-

chazar, hija mía, la gracia que ésta te quiere conceder.

—Pues bien, hágase la voluntad de Dios,—respondió Beatriz con firme acento.—Me casaré con Oliverio Blackman, si éste restituye la luz á mis ojos.

—¡Bendita seas, hija mía!—exclamó Rionero abrazándola y besándola...—El corazón me dice que un día amarás á Oliverio, á pesar de su imperfección física. ¿Qué te parece?

—No lo sé...; la felicidad no es mi herencia en este mundo, pero á lo menos espero hacer la tuya.



El marqués la abrazó, y esta vez una ardiente lágrima cayó sobre los hermosos cabellos de la niña,

—¡Oh! serás feliz... ó no lo seremos ni uno ni otro... ¿No eres acaso tú mi única, mi entera felicidad sobre la tierra?

Poco después, el marqués salía para llevar á Oliverio la respuesta que éste aguardaba con indecible afán.



XX

EL NUEVO NOVIO

B

ATRIZ se quedó sola meditando sobre el nuevo porvenir, que le parecía aun más espantoso y triste que el pasado, pues, en suma, todo se reducía á pasar de aquel estado de melancólica, pero dulce apatía en que hasta ahora había vivido, á un estado de pasión, sacrificios y fuertes sensaciones.

Había accedido á la voluntad de su padre; pero aquella súbita resolución la había dejado en una indecible agitación nerviosa, que hacía temblar sus miembros, como si estuviese atacada de un acceso de fiebre.

Oliverio Blackman, el personaje que repentinamente había venido á interrumpir la monótona y plácida vida que desde largos años gozaba; Oliverio Blackman, que para Beatriz era, momentos antes, una de esas innumerables criaturas que encontramos en el breve pasaje de este valle y olvidamos poco después completamente, se presentaba ahora á su imaginación como uno de los fantasmas que se aparecen en los sueños febriles y nos estrechan en sus brazos de hierro sin que podamos descubrir su rostro ni su entidad.

La pobre ciega trataba ahora de recordar, una á una, las palabras del inglés; pero en vano, pues se aglomeraban todas en su mente y se sustraían al análisis á que ella hubiese querido sujetarlas. Sólo recordaba su voz y su acento; y el acento, para los ciegos, basta para penetrar en cierto modo en lo más íntimo del alma de un individuo.

Las mujeres, y en especial las que se encuentran en la funesta condición de Beatriz, tienen un sentido finísimo para adivinar los sentimientos de simpatía ó de amor que han hecho nacer. Por sencilla que sea la mujer á quien amáis, y por mucho estudio que pongáis en aparentar indiferencia, estad seguros de que ella leerá en vuestro

tro corazón, á la primera mirada, á la primera palabra que la dirijáis. Hay en la voz de un hombre enamorado, una inflexión peculiar que no se escapa á la mujer amada; ella sabe que lo es, aun antes que su amante lo sepa.

Beatriz, pues, en el coloquio sostenido con Blackman en el jardín, había leído en parte en el corazón de éste, y su bella alma se había conmovido y contristado, pues hasta entonces sólo se había creído capaz de inspirar sentimientos de eterna piedad, pero jamás había podido creer que alcanzase á inspirar un amor profundo y apasionado. En las palabras de Amadeo, solamente había descubierto afectación, estudio é hipocresía. La aspereza del acento de Blackman tenía en cambio una suavidad tan misteriosa para sus oídos, que, al escucharle, Beatriz no se sabía explicar por qué decían que aquel hombre era deforme. La deformidad física, separada de la maldad, y unida á sentimientos nobles, no tenía sitio señalado en el mundo ideal de Beatriz.

La niña sentía en su cabeza, una confusión desacostumbrada, un desequilibrio, y en su corazón una indecible agitación.

Levantóse, encaminóse hacia su cama y tiró del cordón de la campanilla.

—¿Dónde está la señora Gertrudis?—preguntó al criado que acudió al llamamiento.

—Ha ido á distribuir la limosna acostumbrada.

—Está bien; en cuanto esté de vuelta, rogadle que venga aquí.

Un cuarto de hora después, estaba Gertrudis en la estancia de Beatriz.

La niña comunicó á su amiga el extraño y repentino cambio de su estado y la dijo el nombre de su nuevo prometido. Gertrudis lanzó una exclamación de sorpresa y de horror, que no pudo escapársele á la ciega.

—Sé lo que queréis decirme, Gertrudis... pero esta unión no es segura... y por mi parte la creo imposible.

—¿Cómo! ¿No habéis dado palabra á vuestro padre?

—Sí, pero hay una condición para este matrimonio.

—¿Cual?

—El médico no se casará conmigo hasta que me haya devuelto la vista.

—Ahora comprendo...

—Ya ves, pues, Gertrudis, que la cosa no ofrece peligro.

—Pero oigo decir que el inglés ha hecho portentos con los ciegos...

—El porvenir, Gertrudis, está en manos de Dios; ahora más que nunca siento la necesidad de orar y meditar... Busca el libro de los salmos... En ellos encontraré el valor que me falta... abre al acaso y lee.

Obedeció Gertrudis y leyó los versículos siguientes:



Beatriz, animada por aquel versículo que la Providencia parecía haber hecho caer expresamente bajo los ojos de Gertrudis, dispúsose á complacer á su padre y, haciéndose acompañar por su amiga, pasó á la sala de confianza.

El marqués y Oliverio la estaban aguardando.

El primero, apenas vió aparecer en el umbral de la puerta á la ciegucecita, no pudo contener un transporte de alegría que se reflejó en su rostro; pero logró dominarse.

Beatriz se adelantó hasta el centro de la es-

«He meditado durante la noche en el silencio de mi corazón, y he descubierto lo íntimo de mi pensamiento.

»Mis ojos han velado ante el tiempo, me he conturbado.

»Abiertos mis ojos, contemplo las maravillas de tu ley.»

Apenas acababa Gertrudis de leer este versículo que parecía escogido para la situación de Beatriz, cuando un criado vino de parte del marqués á expresarle el deseo de que la señorita pasase al salón.

tancia, con la faz ruborosa y saludó, primero á su padre y después á Oliverio, de cuya presencia Gertrudis la había advertido.

—Hija mía, el señor Blackman quiere hablarte.

—No hablaros sino adoraros, Beatriz, —exclamó Cayetano cayendo á sus pies.—Gracias, ¡me habéis salvado de la desesperación y de la muerte! ¡Soy feliz!... completamente feliz.

A estas palabras, que una extraña combinación ponía en los labios de Cayetano, el marqués Rio-

Totum Revolutum

Lo de Marruecos está tan poco claro, que usted por doquiera escuchará:

—Bueno; ¿y de Marruecos, qué?

—Oh! Pues de Marruecos, *ná!*

La prensa dió extensamente noticias de aquel país.

Todo vario y sorprendente: la prisión del Pretendiente; la muerte de Abd-el-Azís;

que, por ardid ó añagaza, el «Tuerto» se hacía el sordo cuando el Sultán le dió caza; que éste en Tazza y sólo en Tazza iba á hacer el caldo gordo;

que hoy tal kábila se agita; que mañana hay un *belén* donde había una mezquita; que se van de juerguecita las chiquillas del *harén*...

En fin, que de la jornada nada hay cierto en lo que leo. Silvela, en fecha pasada, dijo:—No sabemos, nada...— Y eso es lo único que creo.

* * *
Jóvenes que vais bailando...

Desde que empezaron en Madrid los bailes públicos se han presentado en aquel gobierno civil veinticinco reclamaciones para la busca de jóvenes fugadas de sus hogares.

Y parece que no *aparecen* las niñas bailables.

Es falta de perspicacia de la policía.

Bastaba con organizar un baile extraordinario con reputados profesores de orquesta.

Y buenos instrumentos.

* * *
«Profecías para el año 1903.»

A ver, á ver...

Leamos.

«Enero: Un pánico en España... (¿Uno?) un atentado contra el rey Don Carlos de Braganza... Febrero: Un espanto en Austria... Marzo: Unos desórdenes en Argelia... Abril: un suceso agradable, el descubrimiento de oro y otros infaustos...»

¡Gran Dios! ¡Qué modo de escribir!

Comprendo que de pronto sienta *uno un* pánico al leer tales cosas.

Y siguen las profecías:

En Junio, naufragios; en Octubre, catástrofes ferroviarias, incendios, muertes...

—Hombre, basta;—dirá usted.

—Pero, hay más.

—Bien: es igual.

—Es que falta...

—Ya lo sé.

¡El diluvio universal!

* * *
Todos los días nos cuentan los reporters crímenes horrendos, sucesos despeluznantes.

Es la nueva labor instructiva.

El cadáver del individuo de la calle de los Artistas, de Madrid, *presentaba* cuarenta y tantas heridas; el del obrero panadero Fraga *presentaba* también doce heridas en las regiones... que se citan.

Esos son datos escuetos. Suprimo la parte difusa y novelesca de los relatos.

Y el que hace esa información estrujando su magín, censura en toda ocasión á Xavier de Montepín, que, de un hecho de ocasión, hace un largo folletín, (folletín ó folletón).

* * *

BIBLIOGRAFÍA

La «Estrella Polar» en el mar Artico

CONTINÚA en aumento el éxito que se inició desde el primer reparto de la hermosa é interesante obra del Duque de los Abruzos, que lleva el título supradicho. Su amenidad, su desarrollo científico, y hasta su elegante presentación material, son elementos que justifican la inmensa popularidad que en



UN HÉROE DE LA EXPEDICIÓN

toda España ha alcanzado y que lleva trazas de proseguir, conforme el público se va penetrando de la importancia indiscutible de la producción del hijo de don Amadeo de Saboya, obra verdaderamente excepcional y que ha de formar época.

Ya han aparecido los tres primeros cuadernos, que son suficientes para acreditar tanto la labor del joven y valeroso príncipe, como la esplendidez y buen gusto de su editor en España señor Maucci.

Según noticias, están acabándose de imprimir los panoramas, mapas y planos que acompañan á la obra, enriqueciéndola de un modo notable, además de la brillantez que la dan sus 243 ilustraciones, obtenidas de fotografías sacadas durante toda la expedición á las regiones polares por el Duque de los Abruzos y sus heroicos acompañantes.

En una villa, cercana á Bilbao, unos ladrones, hace pocos días, robaron de la iglesia varios objetos sagrados; un cepillo, con dinero, de San Joaquín y Santa Ana; una sotana de un monaguillo y... ¡qué sé yo!

Uno de los ladrones fué cazado.

Era el que *limpió* la sotana y algo más.

Declaró ante el juez:

—Sí, yo *limpié* la sotana que allí dejó el monaguillo,

—¿Y cómo...?

—Con un *cepillo*...

de San Joaquín y Santa Ana.

JULIO MARTINEZ LECHA



EL MUNDO AL DÍA

DOMINGO, 18

QUERE en París el que durante muchos años fué conocido con el nombre de «Rey de los reporters», mister Blowitz. Aun cuando no fué jamás un gran escritor ni un estilista, por más que no produjera con sus escritos verdaderas revoluciones en el campo de las ideas, merece atención la figura que acaba de desaparecer del mundo de los vivos, porque, en vida, fué ejemplo patente de que el periodismo, cuando se practica con inteligencia y fe, basta para dar importancia grande y para proporcionar honores y fortuna. Creía Blowitz que la prensa es un poder igual á los poderes del Estado, que con ellos puede hombrearse y del cual no pueden prescindir los demás. El corresponsal del *Times* elevó sus funciones de reporter á la categoría de una embajada, y los hechos le dieron la razón, pues no sólo obtuvo un sueldo equiparado al de los embajadores, sino una consideración tan alta. Fué, con sus correspondencias, uno de los que contribuyeron á que fracasara el golpe de Estado de 16 de Mayo. Por medio de ellas denunció en 1876 las intrigas de Bismarck, que anhelaba repetir la acometida de 1870 contra Francia, é hizo abortar el plan del Canciller de Hierro. No muy alto, rechoncho, pesado en sus movimientos, con la cara mofletuda y adornada de unas patillas no muy estéticas, dió lecciones de diligencia y de penetración á muchos compañeros suyos, más ágiles y jóvenes que él. Empezó tarde su carrera, pues sus primeras correspondencias las escribió á los cuarenta y siete años; pero pocos la hicieron más brillante y aprovechada.

LUNES, 19

CON la muerte del cardenal Parrocchi desaparece uno de los dos últimos cardenales que nombraron á León XIII sustituto de Pío IX. El actual Pontífice será el único que, si muere el cardenal Oreglia, habrá tenido un colegio de cardenales exclusivamente nombrados por él. Desde la institución del Papado no ha ocurrido caso semejante.

—El presidente Roosevelt saluda afectuosamente al rey de Inglaterra por medio de los aparatos de telegrafía sin hilo de Marconi. Eduardo VII contesta con otro saludo no menos cordial al presidente de los Estados Unidos. Desde este día queda abierto al público el nuevo servicio telegráfico, que promete hacer una competencia desastrosa á las compañías de cables submarinos.

MARTES, 20

ARTURO Lynch, que fué elegido diputado por el distrito de Galway hace poco más de un año y que mandara antes en el Transvaal la brigada irlandesa que combatía contra los ingleses, comparece ante el Tribunal Supremo de Londres acusado del crimen de alta traición. La sala de las *Law-Courts* la preside el *Chief of Justice*, el más alto magistrado del Reino Unido. Lynch está sentado dentro de una especie de jaula de hierro, un *dock*, entre los dos carceleros que

cada día le acompañan en un coche desde la prisión de Brixton al tribunal. El proceso despierta curiosidad indecible y produce honda emoción, porque no cabe más solución para el acusado que la absolución libre ó la horca, si no interviene á última hora la clemencia de Eduardo VII.

MIÉRCOLES, 21

SE celebra en Boston un contrato curioso. Un pobre buhonero, Jack Stewart, era hace tiempo la risa de las aldeas y pueblos del Estado de Massachusetts, no sólo por algunas extravagancias que se le achacaban, sino por su cabezota verdaderamente enorme, que mide treinta y dos pulgadas de circunferencia. Por casualidad vió al buhonero un catedrático de Boston y enamorado de la descomunal cabeza y ansioso de estudiarla detenidamente, ofreció por ella á su propietario la friolera de tres mil dollars. El buhonero no pudo resistir oferta tan espléndida, y firmó un contrato comprometiéndose á que sus herederos entregaran al doctor su rara cabeza, á cambio de los tres mil dollars contantes y sonantes estipulados.

JUEVES, 22

LA *Revue Hebdomadaire* publica una anécdota curiosa y poco conocida acerca de la terminación del reinado del Terror en Francia. Robespierre había invitado á comer á varios de sus compañeros de Convención. Muchos de ellos, á causa del calor, se habían quedado en mangas de camisa y dejado las casacas en la antecámara. Uno de los invitados, Bourdón, sintiéndose indispuerto de resultados de haber comido melón en abundancia, salió de la sala y al ponerse la casaca tomó equivocadamente la de Robespierre, que era del mismo color. Al meter la mano en uno de los bolsillos advirtió la equivocación al hallar una lista de futuros condenados á muerte. Entre ellos estaban todos sus comensales de aquel instante, incluso Bourdón, quien, más muerto que vivo, soltó lista y casaca y tomó la suya. Al entrar de nuevo en el comedor disimuló su miedo lo mejor que supo; pero apenas estuvo en la calle, participó á sus amigos lo que había visto. Tallián, Louvet y otros decidieron entonces deshacerse del tirano, y Robespierre escuchaba pocos días después aquella requisitoria fulminante: *Robespierre je t'accuse...* He aquí de qué modo un melón hizo caer una de las cabezas más firmes del siglo XVIII.

VIERNES, 23

INSPIRA serias inquietudes á los médicos y á los individuos de la familia imperial, la indisposición que padece Nicolás II, que más que otra cosa es una afección moral, una tristeza incurable que parece amargar todos los instantes de su existencia. El jueves, después de visitar al Kronprinz alemán, celebró una larga conferencia con el nuevo procurador del Santo Sínodo. Atribúyese gran importancia á ella, y circula con insistencia el rumor de que piensa dimitir y viajar durante muchos años.

A. RIERA

NOTAS DE SPORT

Asalto Pini-Alesson

DURANTE pocas horas, pero prometiendo volver á visitarnos en breve, ha sido nuestro huésped, el afamado tirador de armas Cav. Pini, quien después de dirigir la escuela de esgrima de Buenos Aires ha ve-



CAV. PINI

nido á dar un paseíto por Europa y cumplir su palabra empeñada con otro no menos famoso maestro francés.

Aprovechando su paso por nuestra capital, Eduardo Alesson, quien, como es sabido, posee la sala más concurrida de Barcelona, invitó á su colega á una fiesta que, presidida por el general Borbón, marqués de Santa Elena, dejará gratos recuerdos á cuantos á ella asistimos.

Tanto Pini, que venía perfectamente *entrenado* como el simpático Alesson y sus aventajados discípulos, realizaron asaltos maravillosos que fueron calurosamente aplaudidos por la selecta concurrencia que asistió al festival deportivo, que constituye una nota simpática de actualidad y vino á demostrar el gran incremento que el noble juego de las armas está logrando en nuestra capital, Pini fué objeto de señaladas muestras de cariño y Alesson de muchos plácemes por haber logrado organizar

fiesta tan animada, culta y elegante, que puede considerarse como preludio de la que en los momentos en que escribimos se está organizando, de carácter público y benéfico, para cuando regrese á Barcelona el gran tirador italiano, de renombre y fama universales.

M. R.



EL MAESTRO EDUARDO ALESSON



DETALLE DE LA SALA DE ARMAS DE ALESSON

Lo "Chic"



Traje de paño verde; falda en forma; gran cuello pelerina. Lazo y cinturón corsé de raso negro.

Traje de paño, color tabaco, adornado de franjas blancas y aplicaciones de pasamanería.

Vestido de seda verde, con lunares de felpilla negra. Falda de canesú con volante respunteado. Camiseta de guipure.

Traje de paño de los Pirineos con junquillos respunteados y golpes de pasamanería negra.

Sátira á una dama

*Deje usted que me ría
señora mía.*

Es cierto eso que dicen—gentil señora?
¿Que tiene usted un amante—que da la hora?
¿Que usted le viste y calza—como á un bendito
para que tenga facha—de señorito?

*Deje usted que me ría
señora mía.*

Y dicen los chismosos—(yo no lo creo)
que es el mocito ese—bastante feo
y que á usted le parece—como de perlas.
(Yo no creo estas cosas—¿quién va á creerlas?)

*Deje usted que me ría
señora mía.*

Dicen que su difunto—llorado esposo
á quien Dios dé en el cielo—santo reposo,
tenía gran acopio—de vestuario
pues mudaba de ropa—casi á diario.

*Deje usted que me ría
señora mía.*

Y añaden los... chismosos—que ese mancebo...
¿Lo digo ó no lo digo?—No sé si debo...
Que la ropa que tiene—no es muy honesta
y que cuanta posee—la lleva puesta.

*Deje usted que me ría
señora mía.*

Que ayer, con dos paquetes—de cigarrillos
le mandó usted seis pares—de calzoncillos,
con sus seis camisetas—de fino punto,
de punto inglés, usado—por el difunto.

*Deje usted que me ría
señora mía.*

Seis camisas muy buenas—recién planchadas;
cuatro ó cinco corbatas—un poco usadas;
doce cuellos de hilo;—sus dos docenas
de puños y tres boinas—bastante buenas.

*Deje usted que me ría
señora mía.*

Para que esté completo—todo el equipo
y de chico decente—tenga buen tipo,
dicen también que al nene—de sus amores
le mandó usted unas botas...—de mil colores.

*Deje usted que me ría
señora mía.*

Deje usted que me ría—pues aseguran
los que todo eso dicen—ó eso murmuran,
que si la ropa es buena—no es para el nene
que por no tener nada—ni carnes tiene.

*Deje usted que me ría
señora mía.*

Dicen que su marido—que era alto y grueso
pasaba de cien kilos—con mucho exceso
y que ese sustituto—según la cuenta
no llega ¡pobrecito!—ni á los cuarenta.

*Deje usted que me ría
señora mía.*

Procure, pues, señora,—darle buen rancho
porque habrá de venirle—todo muy ancho,
y antes que le ocasione—mortal tortura,
haga usted porque engorde—la criatura.

*Deje usted que me ría
señora mía.*

FRANCISCO JAVIER GODO

Febrero, 1902. Bilbao.



ENANOS CÉLEBRES

La presencia de los enanos, debe producir en todo corazón noble profunda compasión: reirse ante tanta deformidad resulta cruel.

La historia nos refiere que, antiguamente, la presencia de un enano constituía un placer para los reyes y grandes señores, que los tenían siempre consigo, viviendo en sus palacios y proporcionándoles una fama que se ha transmitido de generación en generación.

Por esta circunstancia ha habido enanos que se han hecho

célebres, y entre los varios que podríamos citar figuran los representados en las adjuntas viñetas.

—
El primero, Jeffery Hudson, perteneció á Carlos I y Enriqueta de Francia. Nació en Dakham en 1619, y á los diez años, teniendo sólo 18 pulgadas de altura, fué admitido al servicio del duque de Buckingham, y cuando se celebró la boda de Carlos I con Enriqueta de Francia, el enano Jeffery fué presentado en la mesa, dentro de un queso.

—
El enano Wybrand Lolkes na-

ció en Holanda, en 1750; aprendió el oficio de relojero: era muy forzado y susceptible; se casó con una hermosa mujer que le acompañaba á todas partes.

Se exhibió en circos y teatros, logrando reunir una fortunitá.

—
También fué muy notable Nicolás Ferri (*Bebé*). Al nacer en Placines, país de los Vosgos, medía nueve pulgadas y pesaba doce onzas. Murió á los 23 años, estando al servicio del duque Estanislao de Lorena. Su esqueleto fué depositado en la Biblioteca Real de Nancy.

CONFESION

Confesando en el templo sus pecados,
Sollozaba la esposa en su aflicción,
Víctima triste de su amarga vida
Y de fatal error.
¡Oh, cuán hermosa en su abrasado lloro
Pintaba su desvío y su pasión,
Ya roto por su culpa el dulce lazo
Del conyugal amor!
Ella pensó ser fiel; nunca creyera
Sentir del hondo abismo la atracción;
Pero el despecho y la injusticia humana,
Causaron su dolor.
Faltó, y amó á otro sér con alma y vida;
Le ama, le adora con tenaz pasión,
Y al verla que llorando lo deplora...
¡Lloraba el confesor!
Que al ver aquel tesoro de ternura,

Y en tan grande hermosura tal dolor,
Hasta las duras piedras se ablandaran
Oyendo aquella voz.
Por fin, las causas indagar intenta
Que aliento sean del fatal amor,
Y dan motivo á perdonar, siguiendo
Su impulso el corazón.
Pendiente del anciano bondadoso,
La pecadora, triste, murmuró:
—Falté ¡porque en tres años de amargura
No se me comprendió!
Y lanzando un suspiro prolongado,
Mirando al cielo y con doliente voz,
—¡Todas dicen lo mismo! —dijo el cura...
Y echó la bendición.

EUSEBIO BLASCO.

ACADEMIA
HOYOS



PLASSA
DE LA
GENERAL
Nº 26 2º 1ª

CLASSES DE DIBUIX i PINTURA
FIGURA PAISATJE i ART
DECORATIU
OBERT de las 9 del mati a las 9 de
Vespre CLASSES ESPECIALS de 7 a 9 del
Vespre